

APÉNDICES

Á LA

PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES

ADVERTENCIA

Para dar el orden debido á las numerosas adiciones que voy á hacer á la *Primavera* de Wolf, he distribuido los romances en dos clases, incluyendo en la primera, que subdivido en dos grupos, los que se derivan de la tradición escrita (ya en los libros, ya en el teatro), y en el segundo los que proceden de la tradición oral. Unos pocos de los romances incluidos en la primera clase fueron ya conocidos por Wolf, pero no los admitió en su colección por razones que no me parecen de gran fuerza, puesto que reimprimió otros análogos y todavía menos primitivos. Los restantes proceden, casi todos, de la *Tercera Parte de la Silva de Romances* (Zaragoza, 1551), que Wolf no llegó á ver, y cuyo único ejemplar conocido fué rescatado para España, á peso de oro, en 1888, por el Marqués de Jerez de los Caballeros, poseedor en Sevilla de la más rica y selecta biblioteca de libros de poesía castellana que puede imaginarse. Á la generosidad bien conocida de tan inteligente y apasionado bibliófilo, y á la buena amistad con que me honra, debo el que aquí figuren todos los romances nuevos de dicha *Tercera Parte*, y las variantes de los ya conocidos. Excluyo, por supuesto,

los que son meramente eruditos y literarios, pero haré de ellos mención en la nota biográfica que va al fin de este primer apéndice. Los demás romances añadidos proceden de pliegos sueltos, ó de otras fuentes que se especificarán en cada uno. En cuanto á su colocación, seguiremos un orden análogo al de la *Primavera*.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

APÉNDICE I

Romances procedentes de manuscritos,
de pliegos sueltos ó de colecciones antiguas.

SECCIÓN DE ROMANCES

RELATIVOS Á LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA

• 1.

ROMANCES DEL REY DON RODRIGO. — I

Romance del conde don Julián.

Ya se sale de Toledo—el conde don Julián,
él y su hija la Cava—muy mal enojados van,
el conde está muy sañudo—cuanto no puede ser más,
piensa de vender á España—con falsía y con maldad,
porque pague todo el reino—lo que el rey fuera á pecar
en deshonorar á la Cava—la su hija natural.
Por hacer mejor su hecho—y su traición ordenar,
fuérase al rey don Rodrigo,—dice le va á aconsejar,
las palabras que le dice—son fundadas en gran mal:
—«Rey Rodrigo, rey Rodrigo,—mi buen señor natural,

sé que estais muy alcanzado—de moneda y de cabal,
vos dais muy grande partido,—no lo habeis menester dar,
á mucha gente de guerra—que en las fronteras están,
sesenta mil caballeros—todos comen vuestro pan,
mas de cuatro mil castillos—tenedes que sustentar,
sin habello menester—ni habello necesidad;
si tomas, rey, mi consejo—muchos haberes tendrás,
tendrás tantos de tesoros—que en el mundo no haya más,
mandareis á los soldados—que se vayan sin tardar
á sus tierras y lugares—que no les querais dar mas,
y tambien porque las gentes—no se quieran guerrear,
mandad deshacer las armas—cuantas en el reino hay,
y que nadie sea osado—ningunas armas guardar,
y así estareis en sosiego—y así vivireis en paz.»—
Al rey le parece bien,—ansi lo fué á mandar,
que nadie de allí en un mes—pueda más armas tomar
so pena que por traidor—le mandarán ahorcar.
Todos maldicen al rey—y al que el consejo fué á dar,
porque bien veen que no pueden—sino en gran mal redundar,
mas como son apremiados—no podían hacer mas,
todos deshacen las armas,—nadie las osa guardar,
las espadas hacen sierras—para madera cortar,
los yelmos y los escudos—hacen rejas para arar,
de las otras armas hacen—azadas para cavar,
unas echan en los pozos,—otras lanzan en la mar.
¡Qué mal consejo que diste,—oh maldito don Julián!
maldito fuera aquel día—en que te fuiste á engendrar,
mas valiera que en nasciendo—te lanzaran en la mar,
que no echaras á perder—á toda la cristiandad.

(Tercera parte de la *Silva*, Zaragoza, 1551, fol. 149 vuelto.)

2.

(Del rey don Rodrigo.—II.)

Romance de la destrucción de España.

Cuán triste queda Castilla—sin ventura desdichada,
despues que el rey don Rodrigo—se perdió en la gran batalla,
no quedó bandera enhiesta,—la noble gente asolada;
que el traidor don Julián—con don Opas se acordaba
en hacer gran traición—á bandera desplegada,
muy grandes daños se hacen—cruda cosa es lo que pasa,
que á cuantos pueden haber—pasan á filo de espada,
matan mujeres y niños,—que ninguno les quedaba,
las sin ventura doncellas—cada cual se las forzaba,
muchas reniegan la fé,—cualquier mora se tornaba,
y lo que más se sintió—y que más pena causaba
era ver cualquier iglesia—de moros vituperada,
allí ensalzan á Mahoma—y la su secta malvada,
un martirizar obispos—y otra gente consagrada,
ver de tanta cristiandad—tanta sangre derramada,
daban gritos y gemidos—cada cual segun estaba.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 151 vuelto.)

3.

(Del rey don Rodrigo.—III.)

Romance de la Cava.

Gran llanto hace (1) la Cava—con gran dolor y amargura
desque vió (2) la perdición—y la crueldad tan dura
y que fué ocasión dello—la su grande hermosura,

(1) «Hacia».

(2) «Vido».

á grandes voces decía :—«Oh mujer de gran locura,
nunca hobieras nascido,—ni se viera tu figura
pues que tanto mal causaste—y tanta mala ventura.»
Todos pasan á cuchillo—que no queda criatura,
hasta á las monjas sagradas—les vino su desventura:
tú eres perdición de España,—fuego que todo lo apura,
de tí quedará memoria—para siempre en escriptura,
unos te llamarán diablo,—otros te llamarán (*sic*) diablura,
otros te llamarán (*sic*) demonio (1),—otros que eres su hechura,
yo *soy* (2) mal aconsejada—y lo hice sin cordura :
Oh día para mí tan triste—mucho más que noche (3) oscura,
oh tú gran rey don Rodrigo,—grande fué tu desventura,
el día que tal heciste (4)—hobo fin tu gran altura,
asáz pagas con setenas—tu osadía y travesura,
mucha ponzoña gustaste—con muy poquita holgura (5).

(Tercera parte de la *Silva*, 1557, fol. 152 vuelto. — Las variantes son de un pliego suelto de Praga, Wolf *Sammlung*, 203.)

(1) «Dimonio».

(2) «Fui».

(3) «Que más que la noche».

(4) «Hiciste».

(5) En el *Cancionero Musical de los siglos xv y xvi* publicado por don Francisco Asenjo Barbieri (núm. 323), hay dos versos de un romance desconocido del rey D. Rodrigo:

Rómpase la sepultura — porque más penes contigo,
el mayor y sin ventura — d'España rey don Rodrigo.

4.

ROMANCES DEL CONDE DE CASTILLA FERNAN GONZALEZ.

(Del conde Fernan Gonzalez. — I.)

«Buen conde Hernan Gonzalez—el rey envia por vos,
que vades á las sus cortes—que se hacen en Leon;
que si vos allá vais, conde,—dar os han buen galardón:
daros han á Palenzuela—y á Palencia la mayor,
daros han á Torquemada—la torre de Mormojón,
os dará las nuevas villas—con ellas á Carrión;
buen conde, si allá no ides—dar os ían por traidor.»
—Allí hablara el buen conde—y dixera esta razón :
«Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;
que yo no he miedo al rey—ni á cuantos con él son :
villas y castillos tengo—todos á mi mandar son,
dellos me dexó mi padre—dellos me tenía yo;
las que me dexó mi padre—poblélas de ricos hombres,
las que me ganara yo—poblélas de labradores;
quien no tenía mas de un buey—dábale otro, que eran dos;
todos los días del mundo—por mí hacen oración :
no lo hacen por el rey,—que no lo merece, nó.»

(Siguense dos glosas, la una sobre el romance que dicen *Buen conde Fernan Gonzalez*... Y la otra sobre el romance de *Yo me levantara, madre, mañanica de Sant Joan*... Hechas agora nuevamente por Alonso de Alcaudete. Sin l. ni a. (hacia 1530). Pliego suelto gótico que perteneció á Salvá, y pertenece ahora á la riquísima biblioteca que en Sevilla posee el duque de T'Serclaes (1).

(1) Este romance es sustancialmente el mismo que tiene en la *Primavera* el número 17, pero se reproduce aquí porque el texto glosado por Alcaudete tiene algunas variantes, y es más antiguo que el del *Canc. de Rom.* y el de la *Silva* de Zaragoza.

5.

(Del conde Fernan Gonzalez. — II.)

El conde Fernan Gonzalez—cabe la villa de Lara,
 mientras la gente se junta—sálese á buscar la caza.
 Dentro en los robles del monte—un puerco se levantara,
 tras él arremete el conde—de los suyos se alejaba.
 Como el puerco corre mucho—el conde le va de zaga.
 En la mayor espesura—con una ermita topara:
 cubierta estaba de yedra,—de muy gran tiempo olvidada.
 Por una pequeña puerta—el puerco dentro se entraba.
 No puede el conde seguirlo—que el caballo le estorbaba;
 era tan espeso el monte—que apenas se meneaba.
 Saltando el conde en el suelo—metió la mano en la espada,
 revolvió su manto al brazo—dentro en la ermita se entraba;
 mas el puerco se acoge—cabe un altar que allí estaba.
 No quiso el conde ferirlo,—mas de hinoyos se fincaba.
 Estando oración haciendo,—un monje viejo asomaba
 con un rosario en la mano,—y una vestidura blanca;
 la barba tiene crecida,—pelada tiene la calva,
 descalzos lleva los pies,—y arrimado á una cayada.
 Palabras que el conde dice—pena le dan en el alma.
 «Buen conde Fernan Gonzalez—el rey Almanzor te aguarda.
 Déjate de montar,—vete á darle la batalla
 que será muy bien ferida—mucha sangre derramada:
 ciento trae para uno,—¡Dios sea, conde, en tu guarda!
 Lo que en ella te viniere—sonará por toda España.
 Sólo te sabré decir—que es mucha tu buena andanza:
 una señal verás, conde,—que te temblará la barba,
 sabe que tus caballeros—desmayarán en mirarla.
 Dos veces has de ser preso;—tu mujer llamarse ha Sancha;
 vete, buen conde, á los tuyos—que por tí lloran en Lara.
 Si bien vinieron tus hechos,—acuérdate desta casa.»

El conde que al monje escucha,—no le responde palabra;
 mas despidiéndose dél—á los suyos se tornaba.
 Recíbenlo alegremente;—mételos en ordenanza.
 Ya llega el rey Almanzor—para darle la batalla.
 El conde cuenta su gente,—muy poco número halla.
 Poniéndola en un tropel,—á los moros esperaba:
 cuándo un caballero suyo—delante todos pasaba,
 arremetiendo el caballo—en ristre pone la lanza;
 corriendo va por el campo;—ambas huestes le miraban:
 la tierra se abrió con él—y dentro de sí lo traga;
 luego se tornó á juntar,—como si nada pasara.
 Desdeque esto el buen conde vido—sus caballeros miraba;
 todos los vió desmayados,—el más fuerte flaco estaba.
 El conde que los vió así,—desta manera les habla:
 «Caballeros castellanos,—¿cómo el corazón os falta
 por un agüero como este?—Vergüenza es ver que os desmaya;
 pues la tierra nó nos sufre,—¿quién nos sufrirá en batalla?
 Á ellos, amigos míos,—ninguno no se os vaya.»
 Da de espuelas al caballo;—entre los moros se lanza.
 Tanto hizo con los suyos,—que vencedores quedaban.
 En el despojo del campo—muchos tesoros hallaban.
 Su parte dió el conde al monje—por que una iglesia hagan:
 la cual se hizo despues,—que fue Sant Pedro de Arlanza.

(Segunda parte de la *Silva* de Zaragoza, 1550) (1).

(1) Wolf, en el apéndice á su tratado *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, reimprimió este romance, pero le excluyó de la *Primavera* por calificarle de erudito. Por igual regla hubiera debido suprimir los dos que comienzan «Preso está Fernan Gonzalez», que son del mismo tono y estilo, y están sacados igualmente de la prosa de las crónicas. Tanto por esta razón, como por contener un motivo épico que no se halla tratado en los otros romances genuinamente populares, se pone aquí para completar el ciclo de Fernán González. No se halla en el *Romancero* de Durán.

6.

(Del conde Fernan Gonzalez.—III.)

Castellanos y leoneses—arman muy grande cuisiones
sobre el partir de los reinos—y el poner de los mojonos.
El conde Fernan Gonzalez—con el rey don Sancho Ordoñez
trátanse de hi de putas,—hijos de padres traidores.
No les pueden poner treguas—caballeros ni señores,
si no son dos frailecicos—unos muy benditos monjes.
El uno es primo del rey,—el otro hermano del conde,
que se vayan á juntar—al campo de Carrión.
El uno se va por Burgos—y el otro vá por León.
Si mucho madrugó el rey—el conde más madrugó;
á la pasada de un río—los dos ajuntados son:
el rey iba en una mula,—el conde en un buen trotón.
Sobre el pasar de los vados—muy mal arrevueltos son:
los del rey que pasarían,—los del buen conde que non.
El conde con lozanía—su caballo revolvió;
con el agna y el arena—al rey mal ensalpicó.
Allí hablara el rey—con semblante denodado:
«¿Cómo sois tan loco, el conde?—¿Cómo sois desmesurado?
Si no fuera por las treguas—de vos me hubiera vengado,
con vuestra sangre, el conde—hubiera yo vuelto el vado.»
«Pues para eso (dijo el conde)—mal lo teniades librado.
Si quereis uno á uno—sinó sean cuatro á cuatro;
y con las armas parejas—salgamos luego al campo.
Vos traeis muy gruesa mula,—yo muy ligero caballo;
vos traeis sayo de seda,—yo traigo un arnés tranzado.
Si vos, rey, teneis espada,—yo venablo en la mi mano.
Vos traeis treinta de mula,—yo quinientos de á caballo.»
Esto que oyera el rey—á León se hubo tornado;
mandó luego llamar cortes,—por los grandes ha enviado.
Todos ellos son venidos,—solo el conde ha faltado (1).

(Maldiciones de Salaya... con un romance del conde Fernan Gonzalez y otro del Cid, Pliego suelto de la Biblioteca de Böhl de Faber.—Gallardo, *Ensayo*, IV. 315.)

(1) Es variante muy abreviada del número 16 de la *Primavera*.

7.

ROMANCES DE LOS INFANTES DE LARA.—I

Sacóme de la prisión—el rey Almanzor un día,
convidándome en su mesa (1)—fizome gran cortesía.
Los manjares adobados—mucho fueron á su guisa (2)
y despues de haber yantado—dijome sobre comida:
«Sábese, Gonzalo Gustios—que entre tu gente y la mía
en campos de Arabiana—murió gran caballería.
Hanme traído un presente—enseñártelo quería (3),
estas son siete cabezas (4)—por ver si las conocias.»
Presentólas á mis ojos—descubriendo una cortina,
conocí mis siete hijos—y el ayo que los regia (5).
Traspaséme de dolor—pero viendo que tenían (6)
de ver mi pecho los moros (7)—me esforzaba y no podía.
Dióme luego libertad—juré á Arlaja en mi partida
que me vengaría rabiando—ó llorando cegaría (8).
Lo primero no cumplí—por ser corta la mi dicha;
medio (9) estoy de llorar ciego—cumplí la palabra mía.
Non, pues, Rodrigo el traidor—se contenta ni se olvida (10)
de darme á manojos penas—faced, mi buen Dios, justicia (11):

(1) «Sentárame á la mesa.» Ms. B. R.

(2) Falta este verso en el ms. de Palacio.

(3) «Un presente me han traído enseñártele quería.» B. R.

(4) «Son estas ocho cabezas.»

B. R.

(5) «Y el ayo que los traía.»

B. R.

(6) «*Temian*» dice el ms. de Barcelona. *Tenian* corrigió Milá. El ms. de Palacio dice: «Pero viendo que *atendia*».

(7) «Ver mi pecho entre los moros.» B. R.

(8) «De que moriría rabiando y de llorar cegaría.» B. R.

(9) *Medio* es corrección indicada por Milá. El ms. de Barcelona dice *muerto*, el de Palacio *vuelto*.

(10) «Non por Rodrigo el traidor se acabaron mis fatigas.»

B. R.

(11) Falta este verso en el ms. de Palacio.

que porque mis hijos cuente—y los plaña cada día (1)
sus homes á mis ventanas—las siete piedras me tiran (2).

(Romancero inédito de la Biblioteca Provincial y Universitaria de Barcelona, descrito por Milá en el *Jahrbuch für romanische Literatur*, III, 163.—Romances manuscritos de la Biblioteca del Real Palacio en Madrid (2—H—4), apud Menéndez Pidal (R.) *Los Infantes de Lara*, 99. Más adelante indicaremos otras versiones de este romance que se encuentran en comedias.)

8.

(De los Infantes de Lara.—II.)

En un monte junto á Burgos—á las sombras de una haya
echado está Rui Velázquez—cansado de andar á caza,
la verde hiedra (3) por lecho.—y el brazo por almohada,
y el caballo atado á un roble,—del arzón cuelga el adarga,
la lanza hincada en tierra,—la mano sobre la espada;
y entre sí está pensando—de la más cruel hazaña
que hizo jamás christiano—despues que España fué España.
—«Sobrinos, los mis sobrinos—los siete infantes de Lara,
si me tratádes bien—á mi muger doña Alambra,
no muriéades, sobrinos,—en campos de Araviana,
ni os quitaran las cabezas—al infante ni á Liarda (4),
y agora un medio morillo—que vuestro hermano se llama
dice que me ha de matar—y de mí tomar venganza :
nunca lobo á mi ganado—que mayor daño me haga.»—

(1) «Ni porque mis hijos cuente—y los plaña cada día.» B. R.

(2) Aquí añade el ms. de Palacio un verso:

*Y dando amenazas tantas,—santos, facedme justicia».

(3) Así en el ms.; pero parece que debe de ser *hierba*, y no *hiedra*.

(4) Así está en el ms., pero la lección es evidentemente errada, como notó el Sr. Foulché Delbosc. En las palabras alteradas debían de contenerse los nombres de los moros *Viara* y *Galve* citados por la *Crónica General*, ó del moro *Alicante*, de quien habla la *Crónica* de 1344. Acaso el traductor del romance mezcló ambos textos. Propongo esta restitución conjetural:

*Ni os quitaran las cabezas—Alicante ni Viara.

Y estando en estas razones—un caballero asomara :
tocado va á la morisma—aunque es la señal christiana,
y en medio del pendon trae—una gran cruz colorada.
Ruy Velázquez que lo vió—bien pensó que era Mudarra,
mas desque le conoció—quisole volver la cara.
Dijo : «Caballero, esperá»—dícele : «Espera, aguarda,
que segun las señas traigo—tú eres quien yo buscaba,
el que mató á traición—los siete infantes de Lara.»
—«Mientes, mientes, vil bastardo,—hijo de una renegada;
yo no maté á mis sobrinos—nin en ellos non pensaba,
nin á un *parsiento* como tí (1)—non les negaré la cara.»
Jugando van los caballos,—blandeando van las lanzas;
vase el uno para el otro—recios encuentros se daban,
y á los primeros encuentros—Ruy Velazque en tierra daba.
Esto que vió Gonzalvillo—del caballo se apeara,
hincara la lanza en tierra,—la cabeza le quitara,
y en la punta de su lanza—él la poniera hincada.
Fuérase para Almudévar—para Almudévar la llana;
por las calles de Almudévar—á grandes voces llamaba :
—«Salid, damas é doncellas,—las del linaje de Lara,
verédes aquí un traidor—en la punta de mi lanza,
el que mató á traición—los siete infantes de Lara.

(Poesías de varios autores del siglo XVI, recogidas y copias por D. Gregorio Mayans. Ms. autógrafo de 45 hojas, que perteneció á la Biblioteca Salvá—R. Foulché Delbosc, *Revue Hispanique*, 1898, 252—54. La copia es muy incorrecta; el Sr. Foulché Delbosc hace algunas enmiendas que en general acepto, fuera de las tres que advertiré en las notas.)

(1) Creo que puede conservarse la lección del códice, leyendo en una sola palabra *parsiento*, que tiene trazas de ser voz despectiva á estilo de *harapiento*.

9.

(De los infantes de Lara.—III.)

Anda Córdoba y su tierra—el pueblo todo alterado,
 no por mal ni por revuelta—sino de regucijado.
 Hacen todos algazara—y se tocan con las manos,
 abrázanse unos á otros—á Mahoma gracias dando,
 y el comun y principal—sale con gran grito al campo,
 los menores van á pié—los mayores á caballos,
 los hombres con ricas lanzas—y los niños griteando,
 á recibir á Alexante—que de Castilla ha tornado,
 con la más brava victoria—que jamás volvió pagano.
 No la guanó bueno á bueno—que un traidor se la ha entre-
 y por esta causa el moro—viene muy regucijado, [guado,
 delante todos los suyos—en un gran caballo bayo,
 enjaezado á la morisca—con un jaez encarnado.
 La marlota traía blanca—y el albornoz colorado,
 el brazo blanco y velloso—hasta el cobdo aremanguado,
 y en él una rica lanza—y en ella un pendón labrado,
 por las manos de una mora—de quien era aficionado.
 Ocho cabezas traía—en el arzón del caballo,
 colgadas de los cabellos—que se vienen desangrando,
 las siete son de mancebos—la otra de un viejo anciano.
 Y en llegando que llegó—á donde se hubo apeado,
 al viejo Gonzalo Bustos—las tristes nuevas le han dado.
 El viejo que aquesto oyera—el corazón le dió un salto,
 no porque sabe lo que es—sino que imagina el caso.
 Mandóle llamar ante él,—las cabezas le ha mostrado;
 dícele con agüonia:—«¿Conoces algun christiano?»
 Míralas por todas partes—y límpialas con un paño,
 y así vino á conocer—que eran los que había engendrado.
 «Santo Dios, grande es mi culpa»—decía el viejo cuitado,

muy grande pena merezco—pues tanto apretais la mano,»
 y diciendo estas razones—un parajismo le ha dado.

(Cancionero ms. de la Biblioteca Nacional, J. 225, fol. 14
 v. letra de principios del siglo xvii. — Menéndez Pidal,
Los Infantes de Lara, 114.)

10.

(De los Infantes de Lara.—IV.)

Despues que *Guonzalo Bustos*—del gran llanto ha descan-
 que por sus hijos ha hecho—y por el ayo cuitado, [sado
 triste, ansioso y pensativo—se recostó en un estrado.
 Mira las ocho cabezas—que Almanzor le ha presentado,
 y dice, hablando entre sí,—ya del todo trasportado:
 «Oh tirano don Rodrigo!—¿Qué intolerable peccado
 que te hicieron tus sobrinos—que tan mal los has tratado?
 Huélguate, perro alevoso—pues sin razón te has vengado.
 Alaxa, hermana del rei—de quien anda aficionado,
 viendo el triste lamento—se le allegó por un lado,
 y dice: «Guonzalo mío—Bustos, bien de mi cuidado,
 ¿qué es del animoso pecho—y aquel esfuerzo sobrado
 con que al mundo resistís—á pesar del duro hado?
 Agora, mi bien, te veo—tan herido y desmayado.»
 Alzó los ojos arriba—y á Alaxa así ha hablado:
 «Señora de mi contento—razón es que esté penado,
 pues me han muerto siete hijos—y al que los había criado;
 y haberlos muerto sin culpa—es lo que más me ha pesado.
 Mas pues esta adversidad—y el verme yo aprisionado
 fué causa que os conociese,—dóilo por bien empleado.

(Ms. J. 225 de la Biblioteca Nacional, fol. 12. — Menéndez
 Pidal, *Los Infantes de Lara*, 116.)

11.

(De los Infantes de Lara.—V.)

El hijo del castellano—habido en la mora Arlaja,
sale á conocer su padre—de Córdoba donde estaba,

El buen Mudarra.

Con la mitad de un anillo—que de su madre llevaba,
porque por él le conozca—el que la otra guardaba,

Á el buen Mudarra.

La sangre real de Bustos—arde en la mezclada masa,
que aunque el cuerpo á la morisca — lleva el alma á la cris-
[tiana,

El buen Mudarra.

Aspira á el paterno origen—del jóven la fatal fama,
cuidosa de su descuido—que de ser quien es le aparta,

Á el buen Mudarra.

Juzga, segun su deseo—que el veloz corredor tarda;
que aunque en Córdoba lcs ojos — lleva el pensamiento en
[Sálas,

El buen Mudarra.

Pasado el soberbio puente—que el ancho corriente abarca
la partida seña mira—y entre sí confuso habla

El buen Mudarra (1).

(M. J. 225 de la Biblioteca Nacional, fol. 38 vuelto.—Menéndez Pidal, *Los Infantes de Lara*.)

(1) Ni este romance, ni los dos anteriores (que quizá sean de un mismo poeta) pueden calificarse de populares, pero se insertan aquí por completar un ciclo épico, siguiendo el ejemplo de Wolf, que admitió los dos que comienzan:

«¿Quién es aquel caballero—que tan gran traición hacía...»

«Cansados de pelear—los seis hermanos yacían...»

á pesar de tener autor conocido, que es el Caballero Cesáreo, amigo de Lorenzo de Sepúlveda (n. 21 y 22).

12.

Romance del conde Vélez.

Alabose el conde Vélez—en las cortes de León,
que no hay dueña ni doncella—que le negasse su amor,
sino fuera el de la infanta—que no se le demandó,
que si se le demandara—no le dijera de nó.
Mucho pesó á los hidalgos—cuantos en la corte son,
mucho más pesó á don Bueso—que adamaba nuevo amor.
«Una amiga tengo el conde—de quince años que mas non,
que si me la engañasses—sacasses me el corazón,
y si no me la engañasses—quedarías por traidor.»—
Todos fian á don Bueso—y al conde ninguno non,
sino fuera un infante—que es hijo de un gran traidor;»
éste fió al conde Vélez—en los cuentos, que más no.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 45 vuelto.)

13.

Romance del rey don Alonso (el Sabio).

El triste rey don Alonso—viviendo á más andar,
su hijo el rey don Sancho—desheredado lo ha;
con lágrimas de sus ojos—estas trobas fué á trobar:
«Santa María señora,—no me queráis olvidar,
caballeros de Castilla—desamparado me han,
que por miedo de don Sancho—no me osan ayudar;
ha hecho darme sentencia,—no seré para reynar,
véome viejo y cano,—flaco para pelear,
haré una galera negra—que denote mi pesar,
é sin gobierno ninguno—me porné por la alta mar,

navegando de continuo — por las venturas buscar,
 que ya así hiciera otro rey — pára haber de gobernar,
 Apolino fuera aqueste — yo fuera otro que tal. » —
 Y acabadas las sus trobas — un criado fué á llamar,
 dírale la su corona — y que la fuese á empeñar,
 que don Sancho el deseado — no le había dejado más,
 y la llevase allende — al rey moro Abenaraf;
 viendo el moro la corona — hubo mucha piedad,
 llamara sus caballeros, — allí les fué á hablar :
 « Sabed, los mis caballeros — una grande novedad,
 que don Sancho á don Alonso — desposeido lo há,
 enviame su corona, — que le dé con qué pasar,
 ¿qué os parece, los mis moros? — En esto me aconsejad. »
 Allí habló un moro viejo, — viejo y de mucha edad :
 « Á tal hombre como Alonso — bien le debeis de ayudar,
 que muy caro se te vende — quien se te vá á encomendar. »
 Él tomó el buen consejo, — mandó al cristiano llamar,
 dióle sesenta mil doblas — sin la corona tomar,
 díjole : « Dirás Alonso — mucho se quiera esforzar,
 cincuenta mil de caballo — le pasarán ayudar,
 y si estos no son parte — yo enviaré muchos más. »

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 81 vuelto. — Mucho más antiguo y mejor texto que el de Sepúlveda reimpresso en la *Primavera*, n.º 63.)

14.

Romances del rey don Pedro de Castilla llamado el Cruel.

(De la muerte del señor de Vizcaya. — I.)

Yo me fui para Vizcaya — donde estaban los hidalgos,
 que mandado me lo había — don Pedro mi primo hermano,
 por virtud de aquel derecho — que tenía por ser casado

con doña Isabel de Lara — señora de lo asturiano;
 el rey hizo hacer la junta — y él en ella se ha hallado,
 mandara á los vizcainos — que fuese por rey jurado,
 y con este tal concierto — yo me partiera á Bilbao,
 y el rey me invió á llamar — que viniese á su palacio,
 yo infante sin ventura — cumplí luego su mandado;
 llegado á la primera puerta — cubierto me ha negro hado,
 entrara yo triste solo, — luego tropezó el caballo;
 cuando entré por la segunda — falléme sin nadie al lado,
 cuando llegué ante el rey — hallélo muy demudado.
 Dixe : — Dios os guarde, rey, — respuesta no me ha tornado,
 un buen puñal que traía — quitaron me lo burlando,
 y el balletero Juan Diente — con la su maza le ha dado,
 y el infante á Juan Fernández — se llegó desatinado;
 Juan Fernandez que le vido — sacó su espada y dió un salto :
 — « Allá, allá, dixo, infante, — que allá fallareys recaudo. »
 Allegó Gonzalo Recio — y muy gran golpe le ha dado
 que los sesos del infante — en la cara al rey han dado,
 el rey don Pedro al infante — por las ventanas ha echado,
 diciendo á los vizcainos : — Ved vuestro señor honrado.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 43 vuelto.)

14.

Romances del rey don Pedro. — II.

Teniendo el rey don Pedro — su real fortalecido
 en esa tierra de Nájera — en campo que Azofra es dicho,
 contra el conde don Henrique — por mal querencia que ha
 [habido

un dia estando en su tierra — un clérigo allí ha venido,
 dice le quiere hablar — en puridad y escondido.
 El rey don Pedro con él — en una pieza se ha metido,

el clérigo con esfuerzo—estas palabras le ha dicho :
 «Rey don Pedro, rey don Pedro,—si supieses lo que sabido (*sic*)
 no estarías tan descansado—ni ternías de tí olvido.
 Sabe que por revelación (*sic*)—del señor Santo Domingo
 he sabido que estás tú—en grandísimo peligro,
 porque ese conde tu hermano—gran traicion te ha urdido
 y si no te vengas dél—no puedes escapar vivo,
 porque el mesmo con sus manos—te dará cruel martirio :
 mira bien lo que te digo—y no lo echés en olvido,
 porque assina te verná—si no haces lo que digo,
 y es que con muy gran presteza—ordenes sea prendido
 y tenle en tus prisiones—hasta que haga paz contigo :
 mira bien que no le sueltes,—que no hagas con él partido,
 no pares hasta hacer paces—ó habelle destruido;
 mira que te verná mal—si no haces lo que dicho (*sic*);
 ten en mucho este consejo,—ten en mucho este aviso,
 que no es menos que librarte—tornarte de muerto vivo,
 ya vees en el grán peligro—en que tú estabas metido,
 no podías escapar—si no fueses socorrido,
 no desprecies el aviso—que del cielo te ha venido.»
 Don Pedro desque lo oyó—algo se hobo estremecido,
 mas con dissimulación—en muy poco lo ha tenido,
 piensa el clérigo lo dice—por haber algun roido.
 Despues que un rato ha pensado—en lo que el clérigo ha dicho
 llama á sus altos hombres (*sic*)—los que allí han venido (*sic*);
 despues de todos juntados—estas palabras les dijo :
 «¿Qué os parece, caballeros,—deste caso acontecido?
 Gran traición me estaba armada,—Dios vivo me ha socorrido;
 oid lo que dice el clérigo,—oiréis un gran peligro,
 mas yo creo ciertamente—que es ello todo fingido
 y que el clérigo lo dice—por armar algun roido;»
 manda luego sin tardar—que cuente lo que ha sabido
 por la revelación (*sic*)—del señor Santo Domingo.
 Despues que lo hubo contado—lo mandó llevar asido,
 pensando mucho en el caso—por burla lo ha tenido;
 mandó que sin dilación—el clérigo sea metido

en una grande hoguera—lo ha mandado quemar vivo,
 porque el rey siempre creyó—que todo era fingido.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 28 vuelto.)

15.

Romance de la muerte del rey don Pedro.—III.

Encima del duro suelo—tendido de largo á largo
 muerto yace el rey don Pedro—que le matara su hermano;
 nadie lo osa alzar del suelo,—nadie quiere sepultallo,
 antes la gente plebeya—querían despedazallo,
 por ser hombre tan cruel—y tan mal complexionado;
 ninguno llora por él—nadie le haze por el llanto,
 todos lo tienen por bien,—huelgan de velle finado,
 bendicen á don Enrique,—que es el que lo había matado,
 todos decían á una :—«Oh buen rey Henrique honrado,
 Dios te dará galardón—por el bien que has causado
 en apartar deste mundo—á un tal cruel tirano.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 79 vuelto.)

16.

Romance del conde de Luna.

El rey don Juan el segundo—dijo un día andando á caza
 al infante don Fadrique—que conde de Luna se llama,
 que á don García Fernández—le fuese á ver á la cama;
 no le plugo desto al conde—que él ya se lo sospechaba,
 el conde de Castañeda—á su casa lo llevaba;